

Corrió á la puerta de nuevo y vuelve á mirar. Un lejano rumor de cabalgada, ruido de armas y trompas de caza. CORDALIA, sonriendo, se encoge de hombros y se sienta á esperar.

CORDALIA

No; pero te consiento
que veas un momento,
mientras te baste con la luz del día
para ver.

Suenan, lejanas, las trompas de los monteros.

VERBENA

¡Qué alhalí de montería!

CORDALIA

Luego á casa; á dormir, ¿verdad?

VERBENA

¡Qué empeño!

CORDALIA

Las almas mozas necesitan sueño
como las flores agua. Además, sabes
que de noche, los puentes levantados
y en día de festín, los invitados
—no siempre viejos y no siempre graves—
usan de esa escalera.

VERBENA

Les vería,
¿y qué?

CORDALIA

Es mejor que duermas, hija mía.

Lejano, un son de clarines.

¡La queda en el castillo!

VERBENA

Señalando las ventanas del pabellón
de la Gnifera, que se iluminan en este
instante.

Y las ventanas
se encienden en la noche; ¡de qué modo

brillarán, allá dentro, sobre todo,
las pedrerías de las castellanas!

Disimuladamente, espera un momento en que CORDALIA no mira para volver á la puerta, muy interesada: apenas les dejan ver las sombras.

CORDALIA

¿En la puerta otra vez? ¿qué miras?

VERBENA

Nada.

Y en voz baja para sí; observando siempre:

Son dos: el uno daga, el otro espada.

Después de una brevisima pausa, corre á los pies de su madre, le coloca los brazos en las rodillas, y pregunta:

Madre, ¿tú sabes qué es amor?

CORDALIA

¡Verbena!

VERBENA

¿No es, mirando un galán, bajar la frente
para esconder un brillo
que se pone en los ojos, quietamente
paladear su voz, tomar su anillo,
pedirle así la bendición á Dios
y tener un palacio para dos?

CORDALIA

Algo hay de eso, hija mía;
pero tú no comprendes todavía.

Acariciándola la cabezuela.

¿Vamos?

VERBENA

¡Aún no!

CORDALIA

Por qué?

VERBENA

Para tenerla más segura.

Dame tu mano

La coge, la besa, la pone bajo su
mejilla reclinada y pregunta:

¿Conoces a don Félix de Agrellano?

CORDALIA

Sé que es un capitán aventurero,
gran cazador, bizarro caballero,
del Consejo del Rey, cargo importante...

VERBENA

Y no mal parecido en el talante.

CORDALIA

Sorprendida, pero sin enojo.

¿Le has visto alguna vez?

VERBENA

La vez primera
madre, le vi aquel día

que las rosas cogía
de mi rosal secreto, en la pradera.
Por más señas, recuerdo que volvía
sin acordarme ya del caballero,
pensando en ti, para quien las trafa,
¡y las rosas perdí por el sendero!
Después he vuelto un día y otro día;
cada vez corto rosas, imagino
cada vez, al tomarlas, tu alegría,
¡y cada vez las pierdo en el camino!

CORDALIA

Pues hay que ó no volver, ó poner tino.

VERBENA

Tornemos al Don Félix. Escorpina
me ha dicho que es pintor; que ella se pone
quieta, y el de Agrellano, en una tela,
por arte que es, al parecer, divina,
con colores y luces que dispone,
viva, entera y de bulto la revela...
Y me cuenta Escorpina todavía,
del palacio que él tiene, en Agrellano,
con un jardín donde acaricia al día
el agua, con la gracia de una mano...

CORDALIA

Y un musgo como seda en todo el llano
y árboles siempre verdes en la umbría,
y allá, á lo lejos, una gradería,
de mármol italiano...

VERBENA

¿Tú lo has visto?

CORDALIA

Una vez; y sé que tiene,
en prisiones sutiles
de argentería, pájaros á miles
y en su canto los ocios entretiene...

VERBENA

¿Pues cantan en prisiones?

CORDALIA

Y acaso en libertad no cantarían;
que amaran la mitad sus corazones
lo que hoy desean, cuando lo tendrían.
Tiene, en cárceles de oro...

VERBENA

Cuenta...

CORDALIA

Fieras
de crespo vellocino ó piel bruñida.

VERBENA

¿Y corceles?

CORDALIA

Y tigres, y panteras...

VERBENA

¿Y osos del monte?

CORDALIA

Y un león numida.
¿Pero qué tienes tú? ¡te arde la mano!

VERBENA

¡Madre, me gustaría
vivir ese palacio en Agrellano!

CORDALIA

Esquechando atencamente, con so-
bresalto.

¡Calla!... pasos de gente... ¡ven!

VERBENA

Reteniéndola, mimosa.

Espera,

por favor, ¡es don Félix!

CORDALIA

¿Lo sabías?

VERBENA

Para saber si tú le conocías,
te estuve entreteniendo.

CORDALIA

¿Tú?

VERBENA

Abrazándose a ella y como ocultán-
dose en su regazo.

Quisiera

que le miraras bien. Son dos. Vestido
va el don Félix de negro, y en la jirra
del manto, lleva cruz. Mirale, mira:
al otro no, que es un desconocido.

Aparecen en el marco de la puerta
Don Félix y Monseñor Alerro. Se
apaga el candil de la cocina y las lla-
mas del hogar se avivan extraordina-
riamente, dando a toda la escena un
tono rojizo.

Cordalia instintivamente rodea con
un brazo el cuerpo de su hija, como
defendiéndola: no aparta sus ojos del
Alerro, que no parece fijarse en ella.

CORDALIA

¿Desconocido?... ¡es él!

En cuanto le reconoce toda su figura
parece querer salirse de su asiento,
siguiendo los menores movimientos
de Alerro.

ALEPO

Viene hablando en voz baja con el de Agrellano; desde un punto de observación que escogen, en primer término, dicen:

Hable Agrellano:
la moza que habéis visto entre las flores y á quien amáis, ¿es ésta?... Porque en vano para apagar sus labios tentadores, quisieron dar de sí los resplandores de aquel hogar cercano.

DON FÉLIX

Es ésta, monseñor; la que se arredra de ver que la miramos, ruborosa, y asoma entre unos brazos, como rosa entre los desgarrones de una yedra.

CORDALIA

¡Es él, es él!

ALEPO

Dando un paso para observar mejor.

¡Humilde, y por la muestra
rebosando candor!

A Don FÉLIX, reuniéndose otra vez con él.

Dadla por vuestra.

DON FÉLIX

Mucho y bueno afirmáis.

ALEPO

Está en mi mano
de hacella vuestra esclava, si os va en gana.

DON FÉLIX

¿Y es largo el plazo que me dais?

ALEPO

¡Mañana,
y en vuestra propia casa de Agrellano!

Los dos caballeros cruzan sus manos.

Ahora, al festín.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

DON FÉLIX

Turbado, sin darse cuenta del sitio en que se halla.

¿Por dónde hemos venido?

ALEPO

Por las ruinas.

Atraviesan la escena en dirección á la escalera. CORDALIA les sigue con los ojos sin dejar de murmurar:

CORDALIA

¡Es él!

ALEPO

Quise que os viera,
para obligarla más por el sentido.
Vamos.

CORDALIA

Es él.

Cuando ambos amigos van á desaparecer por el boquete de la escalera.

Ni me miró siquiera...

ALEPO

Deja pasar á DON FÉLIX y dice, por VERBENA.

Ahora ya tiene el corazón herido.

Al tiempo en que los dos acaban de desaparecer por la escalerilla, VERBENA, sonriendo juvenil, aparta la cabeza de los brazos de su madre y pregunta, la cara llena de risas.

VERBENA

¿Le has visto?

CORDALIA

Vaga, sin volver aún á la realidad.

¿A quién?

VERBENA

¡Por Dios! al de Agrellano.

CORDALIA

Pasándose la mano por la frente.

No sé...

VERBENA

Madre, ¿qué tienes?

CORDALIA

Hija mía,
vámonos ya de aquí; dame tu mano.
Vas á dormir hasta que apunte el día;
duerme, aunque yo me aparte de tu lado,
con las manos en cruz sobre tu pecho.

VERBENA

Como todas las noches... ¡bueno fúeral!

CORDALIA

¡Más que ninguna!

VERBENA

¿Es que algún mal me espera?

CORDALIA

Abrazándola.

¡No, que yo guardaré tu cabecera!

Duda de nuevo, mirando á todas
partes, mientras VERBENA entra en el
tabuco.

¿Le habrá visto Escorpina?

Ya en el tabuco, se oye todavía su
voz que dice á VERBENA:

Deja á medias abierta la cortina.

Así lo hace. Queda una rendija de
luz y el silencio y soledad son abso-
lutos. Bien pronto vuelven á dar cla-
ridad intensa y roja las brasas del
hogar. Al mismo tiempo un resplan-
dor verdoso y fosforescente como de
luna se filtra por las puertas baldías,
por las hendiduras y desgarrones de
los muros, por los huecos y boquetes
del techo. Allá, en lo alto, toman un
brillo rojo, parecido al del hogar, las
ventanas de la GAIFERA. Se escapan
de ellas cantares báquicos y blasfe-
mos, que las rachas del aire arras-
tran por la escena.

CORO LEJANO

¡Dale al báculo y corona
con las zarrías de tu plantal...
¡Canta, canta!
¡Vita, vita!
¡Vita, vita, vita bona!

Se abre de improviso, por sí sola, la puerta lateral derecha; al cabo de un instante, restregándose los ojos, como si no se diera cuenta de lo que hace, y andando con rigidez de sonámbula, entra en escena ESCORPINA. Quitóse el corpiño y lleva únicamente unas sayas atadas con una cuerda á la cintura sobre la camisa de hilo crudo, por cuyos desgarrones, hacia los hombros, la espalda y el pecho, asoma su piel de ámbar. Descalza; las greñas rojas se comen su rostro lívido las lleva atadas en un solo nudo hacia la nuca; al cuello, sobre la carne, su collar de ámbar y malaquita.

ESCORPINA

¿Quién me llama? ¿qué quieren de mí?
¿Quién ha sido?... Mi padre dormido,
la puerta cerrada, colgado el vestido,
y el gato en las pajas durmiendo aterido...
¿Quién vino á mi lecho llamándome, á oscuras?
¿de quién los pellizcos y las mordeduras?
¿quién ha sido, Señor, quién ha sido?
¿quién me llama? ¿qué quieren de mí?

Una mirada circular; relampaguea dos veces la luz del hogar, y por dos veces saltan de él unas llamas verdosas.

¡Ya sé, ya sé!... ¡Tenía su palabra;
no podía faltar!

Se entra otra vez por la lateral derecha, llamando.

¡Mari Centena!
¡la hora es justa!
¡El reloj ahora suena,
y he visto en las llamas dos ojos de hiena
abrasando un hocico de cabra!
¡Mari Sánchez, Quiteria, la Centena!

Salen precipitadamente, sin darse cuenta de lo que ocurre, las tres viejas.

MARI SÁNCHEZ

¿Qué pasa?

ESCORPINA

¿No habéis visto? Que la Junta
va á comenzar... Pero aquí estamos pocas;
¿no soltáis vuestras greñas de las tocas?
¿no sabéis si El vendrá?

QUITERIA

A MARI SÁNCHEZ.

¿Por quién pregunta?

CENTENA

Viendo á ESCORPINA dirigirse como
loca á la puerta del fondo.

¡Va espiritada!

MARI SÁNCHEZ

Es de un amor que tiene.

CENTENA

¡Pues huye el fuego y á las brasas viene!

MARI SÁNCHEZ

Quiere, en su bien, forzar la cofradía.

CENTENA

¿Le has prometido tú?...

MARI SÁNCHEZ

¿Cómo podría?...

Todo esto ajetreando junto al hogar,
removiendo untos, añadiendo leña,
separando escobas, soplando en el
rescoldo, rápidamente y sin apoyar
mucho en lo que hablan.

QUITERIA

No me arañes al hijo de La Fosca
que ha de salvarse.

CENTENA

¿Y al Chacón?...

MARI SÁNCHEZ

¡La suerte!

QUITERIA

¿Y á la Zurda Ermitaña?

MARI SÁNCHEZ

¡Se le enrosca
la cuerda del ahorcado!

QUITERIA

¿A daño?

MARI SÁNCHEZ

¡A muerte!

ESCORPINA

Al fondo, encaramada entre las
pedras y por una abertura del muro:

¡Venid, el Mal es Bien; lo Bueno es Malo...
— Tenemos piedra-imán; cabos de cera;
sogas; el sapo y su veneno; estera
de hilos de Valeriana; el cráneo ralo
de un no-nacido; alumbre;
fuego en el alma y untos á la lumbre...
¡Cristobalona Gil, la Zambapalo,
todas las de Agrellano y de Almadena
con las de Barahona y de Llerena:
venid, el Mal es Bien; lo Bueno es Malo!

CENTENA

A MARI SÁNCHEZ con dureza egoísta,

Resistencia, ella es moza!
¡tírale al devantal nuestro desprecio!

Pocos años, buen temple, el pecho recio,
¿se quejará del Diablo, si no goza?

ESCORPINA quiere acercarse al ho-
gar: como por un conjuro se levantan
las tres viejas, pretendiendo cerrarle
el paso.

MARI SÁNCHEZ

¿Qué quieres?

ESCORPINA

¡Por un mal, todos los bienes!

CENTENA

¡Ve á tu cama!

ESCORPINA

Huyo de ella.

CENTENA

¿Y á qué vienes?

ESCORPINA

¡Vengo por el que mueve en el cotarro
vihuela negra y canto de latines,
que hará, en mis pies, las zarrías de este barro
convertirse en veludo de chapines!

MARI SÁNCHEZ

¡Atrás!

ESCORPINA

Furiosa.

¿Ahora no quieres?
¡Pásente el corazón con alfileres!
No me importa.

Salta casi al centro de la escena,
donde viene á quedar de rodillas, los
brazos en alto, caída toda la melena,
los dedos nerviosamente abiertos, como
en un espasmo.

¡Sé el rito, y va pactado!

Se contorsiona, trazando con la punta
de sus cabellos un círculo en el
suelo.

¡Ya el círculo de fuego se ha cerrado!

Con efecto, por donde pasan los cabellos dejarán un cerco de fuego que todas pueden ver. Desde este instante, la confusión y el tumulto van creciendo. Por las hendiduras, puertas, ventanas y boquetes van apareciendo las brujas que antes convocó ESCORPINA. Invaden la escena surgiendo de todas partes y se distribuyen por ella y por los muros, sentadas, en pie, tendidas, contorsionadas, hirvientes; viste la mayoría, negro; algunas, zagalejos morados, pardos, verdes, rojos. Las viejas, envueltas en mantos. Las mozas, medio desnudas; desgrefiadas y con las sayas sobre la camisa nada más.

CENTENA

Viendo aparecer el cerco de fuego.

¡El la escuchó!

MARI SÁNCHEZ

¡Se nos tornó enemigo!

ESCORPINA

En pie, hierática, dentro del círculo,
con gravedad de salmodia y de ritual.

Oigan todas y digan lo que digo:

Tendiendo los brazos.

"¡Lucifer!...

TODAS

¡Lucifer!

ESCORPINA

"¡Borde de Dios, injerto en su poder!

TODAS

Borde...

ESCORPINA

Ya sin freno.

¡Callad, que no vos necesito!
 ¡yo hablo! ¡más puede el corazón que el rito!
 "¡Tráiganme hechizos al hombre que quiero,
 "atado en cuerda, clavado en madero!
 "¡Véame un día con él, brazo á brazo,
 "boca á boca, mirada á mirada,
 "frente á frente, regazo á regazo
 "y corazón á corazón pegada!"

Queda con los brazos cruzados sobre el pecho, rígida, caídos los párpados, toda en el incendio del círculo como en un espasmo de amor.

CENTENA

¿Viene?

LA ZAMBAPALO

¡No viene!

ESCORPINA

Volviendo á extender los brazos.

¡Tráigalo aquel en quien todo se tiene!
 ¡por senda, puente, vertiente ó atajo,
 granizo arriba, cenizas abajo,
 tráigalo aquel en quien todo se tiene!

Bruscamente se descorre la cortina del tabuco de CORDALIA, y ésta, demudada, las greñas sueltas, terrible como sibila, aparece en plena Junta. Hay un grito de terror. ESCORPINA, los brazos sobre el pecho, haciendo sonar su collar de piedras, la mira radiante, desafiándola.

VARIAS VOCES

¡Cordialia!

Muchas viejas la rodean, no queriendo dejarle paso.

QUITERIA

¡Nada intentes!

CRISTOBALONA

¿Quién te trajo?

MARI SÁNCHEZ

¡Vete!

CORDALIA

¡Cuánto espaviento!
¿Sois molinos de viento
que trituraréis las noches en cada movimiento?

Las viejas se apartan; CORDALIA se encara con ESCORPINA que, en la mitad del círculo, sonríe.

—¿Tú le llamaste?... ¡A tu boca blasfema,
donde el conjuro es azufre que quema,
yo he decirle el eterno anatema!

Por senda y puente y atajo y barbecho,
traígante al hombre que quiere tu pecho
y él, en sus brazos, te tome á cohecho;

te ponga á lomos, sobre su caballo;
suene á tormenta, en las piedras, el callo;
¡pero el Eterno os alcance en su fallo!

¡Pierda la mano el rendaje que aferra,
pasad los llanos, trepad á la sierra:
la cabalgada no acabe en la tierra!

¡Los dos temblando, en el potro maldito,
juntad, no el pecho, el horror en un grito
—y entre el caballo en el aire infinito!...

¡Y dure siglos la horrible carrera,
y ya, sin carnes en la calavera,
dé con los huesos del pie la estribera!...

¿Quieres amor? Se prolongue tu orgía
hasta el horror de aquel último día,
cuando entre al mundo sudor de agonía;

y así, ante el Juez de los grandes decretos,
crispe el caballo sus miembros escuetos
¡y rodad de él, los dos, esqueletos!

ESCORPINA

Saltando del cerco y corriendo hacia la llar, de cuyas cadenas se cuelga, en contorsiones inverosímiles y furiosas, á grandes gritos:

¡Te acepto el anatema, y cumplimiento
le de esta llar, torciéndose en el viento!

Echa atrás la cabeza, cuya melena
cuelga como una llama, mira al cielo
por el boquete de la chimenea, y grito
aún:

¡Me cuelgo de esta llar hasta que él venga!

CORDALIA

Entrando en el círculo rojo; los brazos
en cruz; crispada, sublime.

¡Que esta cruz de mis brazos os contenga!

ESCORPINA

Desde lo alto.

¡Béseme aquel en quien todo se tiene!
—¿Viene?

LA ZAMBAPALO

¡No viene!

CORDALIA

¡Callad!

ESCORPINA

¿Viene?

LA ZAMBAPALO

¡Viene!

Con pánico indescriptible; con terror
casi religioso.

CRISTOBALONA

Entre el horror de hielo y el hábito
de espanto que pasa por la escena.

¿Sólo?

LA ZAMBAPALO

¡Con un tropel, en montería!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO

MARI SÁNCHEZ

¿Cabra ó can?

QUITERIA

¿Hierro ó fuego?

CENTENA

¿Lanza ó diente?

ESCORPINA

¡Hombre; el gesto de un rey, pasando el puente
y su espada un relámpago, en la umbría!

ALEPO

Se oye su voz antes de entrar; un
silencio de muerte en la escena; todos
inmóviles y como petrificados.

¡Monteros, dadle suelta á vuestro alano;
aquí es la casa y duerme aquí la Bella,
tirad del lecho y con la carga de ella
no paréis de correr hasta Agrellano!

Entra ALEPO, seguido de sus seis
monteros. Casi todas ellas como bultos
informes, permanecerán inmóviles du-
rante la escena que sigue.

ESCORPINA, abrazada á las cadenas
de la llar, la mirada de sonámbula,
fija y vídrica, está también inmóvil.
Como si una invisible mano tirara de
él, se descorre el cortinón del tabuco
de CORDALIA. Se ve al fondo, á la luz
de un candil, el lecho de VERBENA
dormida, entre sus flores. CORDALIA
trata de salir al encuentro de ALEPO,
diciendo:

CORDALIA

¿Dónde vas? ¿No eres tú?

ALEPO

¿Qué quieres? ¿Dejal!

CORDALIA

Con energía; haciéndose atrás, para
cortarle el camino.

¿Pues no me ves?

ALEPO

Mirándola y reconociéndola: frío y
soberbio.

¿Pues piensas tú, que un hilo
de llanto humano ha de tenerme en vilo,
si da estambre á los siglos mi madeja?

CORDALIA bajó la frente, cubriéndose el rostro con las manos; ALEPO se acerca á ella los ojos radiantes de tentación y en voz baja sigue.

—Hay un modo de amarme, hay uno solo...
Doblaste la hermosura,
ciega Cordalia... Aquella noche oscura,
ni en tus labios había
tanta púrpura viva, ni fluía
de tu carne morena
tanta miel de colmena;
oro y trigos la sien, los ojos astro,
la garganta y los hombros alabastro,
infinito el placer, dejo ninguno,
hay un modo de amarme; hay sólo uno.

CORDALIA

¡Jamás!

ALEPO

Frio, sin una contracción.

Conmigo ó contra mí: esto es hecho
¡ponga mi anillo sierpes en tu lecho!

CORDALIA

Juntando las manos.

¡Yo te quiero!...

ALEPO

Durísimo, cruel.

¡Aborreceme, te digo!

Hace un gesto á sus moneros, que se acercan.

CORDALIA

Con un presentimiento de horror,
echándose atrás.

¿A quién buscan tus hombres?

ALEPO

Frio.

A Verbena.

CORDALIA

¡Es hija mía!

ALEPO

Se la di á un amigo,
conque rompo, de un golpe, la cadena.
Te hice un bien, la forjamos aquel día:
hoy te hago un daño ¡quíbrala, si quieres,
y no me llores más ni más me esperes!
—¡Monteros, acabad la montería!

CORDALIA

Extendiendo los brazos en cruz, de-
lante de la puerta del tabuco, y con-
teniendo, con su actitud, á la chusma.

¡Detenéos!

ALEPO

¡Pasad!

CORDALIA

¡Sobre una muerta
pasaran!

ALEPO

¡Así sea!

CORDALIA

¡Hija, despierta!

Los monteros estarán como clavados
en su sitio.

ALEPO

Con ira, á sus monteros.

¿Qué os arredra?

MONTERO 1.º

¡La cruz!

CORDALIA

¡Y ante esta puerta
la formarán mis brazos,
mientras no me los partan á pedazos!

ALEPO

Sin responderle, haciéndose atrás,
mirando el interior del tabuco, y fin-
giendo horror y contrariedad.

¡No; que herís á Verbena!... ¿qué habéis hecho,
que la veo sangrienta sobre el lecho?

CORDALIA

Con un grito del corazón, volviéndose de espaldas y deshaciendo la cruz para socorrer á su hija.

¡Hija mía!

ALEPO

Triunfal, en el acto, señalándola á sus monteros, que obedecen.

¡Asid de ella!

A CORDALIA, mientras la sujetan los monteros:

Astucia ha sido;
pero así te he vencido,
que aunque tengo poder, no es tanto, para
luchar con una madre cara á cara.

Salen del tabuco los demás monteros, sacando el lecho de VERBENA, y á ella dormida, en él.

CORDALIA

¡Hija mía!

ALEPO

A los monteros: por CORDALIA.

¡Tenedla!

Por VERBENA.

Va dormida;

no hay miedo que despierte á la partida.

Salen con VERBENA los monteros; ALEPO se vuelve por última vez á mirar á CORDALIA, que, sujeta por los monteros, inútilmente se revuelve.

- Será feliz y no ha de darte quejas;
que es bizarro galán el de Agrellano.

CORDALIA

A uno y otro de los monteros.

¡Suéltame tú, verdugo; y tú, villano!
¡Hija! ¡Verbena!

ALEPO

Al salir.

¡Amordazadla, viejas!

Sale. Todas las endiabladas se van á arrojar sobre CORDALIA.

CORDALIA

¡No, atrás, dejad!... ¡Dios mío, si tú mismo
bajaste por las almas al abismo,
llegue yo á Satanás y suya sea
y en sus brazos me vea,
porque mi hija se salve en Agrellano!

Levantando rígida la diestra en que
va el anillo.

¡Perros, mirad qué rayo en esta mano!

Los monteros se apartan; se abre
con estupor el círculo de viejas.

¡Deshacéos ahora;
que éste es su anillo y yo vuestra señora!
¡Paso!...

CORDALIA sale al campo, á la deso-
lación de la noche, sin dejar de gritar

¡Verbena, voy!... ¡Verbena mía!
¡tu madre hace por tí!...

Y lejos, ya con una voz de bárbaro
triunfo, como si viera el alba sobre el
mundo real.

¡Despunta el día!

En escena el aquelarre continúa
frenético; unas viejas columpian á Es-
CORPINA en la llamas mientras cae el

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Especie de atrio del Renacimiento en el soberbio pa-
lacio de don Félix de Agrellano. Únicamente se ve una
parte de dicho atrio, dividido como se le supone, en dos
partes desiguales por la línea de la batería. Todo el
lado izquierdo lo constituye una galería ó pórtico de
mármol, con arcos y columnas, que abre sobre un jar-
dín, trazado al modo de los jardines italianos del qui-
nientos.

Dicha galería lleva un sentido diagonal con respecto
al plano del escenario. En el muro del fondo, también
diagonal, para formar ángulo recto con la galería, un
gran portalón, que abre y cierra.

Casi toda la pared lateral derecha está abierta en un
arco, que cubre un tapiz. Esta pared es perpendicular á
la línea de la batería.

Se supone que la galería ó pórtico se prolonga por
ambos lados, más allá del atrio y que á ella dan acceso,
desde el jardín, dos escalinatas.

La cortina se levanta sobre un crepúsculo rojo y
amaranto, de tarde de verano, en país cálido. La leja-
nía del jardín tiene los oros y las púrpuras de las pale-
tas venecianas.

En primer término, á la derecha, y delante de un
lienzo en que pinta, don Félix de Agrellano. Cerca de
éste, su paje Dragonel con paleta y pinceles, le ayuda,
presentando los colores, preparando los que necesitan